

I. G. S. L. R. I.

DECLARACION DE AMOR Y RENTA

Yo no pago impuesto sobre la renta porque no tengo dinero; si tuviera dinero lo pagaría en seguida, ya que pagar el impuesto ese es una cosa bella, sencilla y encantadora que mola y viste en cantidad. Si será la cosa bella, sencilla y encantadora que Nixon, que tampoco tiene dinero, para no privarse del gusto ha querido recurrir a una colecta pública.

Para que los ciudadanos paguen impuestos hay que darles la sensación al menos de que el país es suyo y de que la forma de gobierno de algún modo les pertenece. De lo contrario comienza el racaño general y el querer pasarse de listos. En esta cuestión del dinero los españoles estamos muy escamados. Como es bien sabido, en este país apenas hay millonarios, y los pocos que existen en catálogo tienen la bula de la Santa Cruzada, que a falta de moros que alancear y pasados de moda los ayunos cuaresmales, sirve para presentarla como exención en el ministerio de Hacienda.

Aquí los pobres sólo estábamos acostumbrados al impuesto de la sal, a la alcabala del bacalao y algún peaje por cruzar el río en barcaza. Y todo iba bien con los consumidores uniformados con gorra de plato. Pero ahora nos ha dado por ejercer de país moderno y esas locuras se pagan. Los de Hacienda han desenvainado el garrote y van a comenzar a dar palos de ciego. Está demostrado que un hombre moreno y con el pelo rizado con brillantina es hormonalmente reacio a pagar impuesto sobre la renta. Eso sólo lo pagan los ciudadanos rubios. Puesto que el español va a llegar difícilmente a la convicción de que el país le pertenece, puesto que es moreno y naturalmente contrario a dar sus dineros a un señor que no conoce, siguiendo el ejemplo de Nixon y sin salirnos de nuestra peculiar idiosincrasia, aquí se debería condonar el impuesto ese tan retorcido y organizar tómbolas colectivas, adensar la cadencia de la lotería, hacer quinientas de las ferias taurinas para que la caja de la Hacienda estuviera rebotante sin necesidad de molestar al prójimo. Ya se sabe que los millonarios no van a pagar. Y los pobres estamos ya muy sobrecargados con la subida de los crudos. De modo que los que mandan deberían saber que si se han hecho encajes de bolillos para fabricarnos una Constitución a la medida, porque somos por lo visto un pueblo raro, tampoco resultaría difícil inventar un impuesto unido a nuestra fiesta nacional que los dejara contentos sin tener que declarar nada. Que uno es muy reservado. ■ VICENT



YA se ha abierto, como todos los años, la ventanilla para la declaración del impuesto y la declaración sobre la renta, esa castiza cola a la que a den, temporada tras temporada, los ricos del país, marquesas, banqueros, terratenientes, llenos de entusiasmo impositivo, ejerciendo una vez más con alegría española, desprendimiento y desenfado, el magisterio de castumbres que les corresponde.

Hemos acudido muy de mañana a esta castiza cola para informar a ustedes de las simpáticas incidencias de la misma. Se oían cosas como éstas:

—Pues la duquesa de Alba estuvo muy de mañana, de las primeritas.

—El señor Fierro ha salido a por una póliza que le faltaba en la declaración.

—El Cordobés va a venir en segunda.

MONOLOGOS CIUDADANOS



Desde que Cervantes, que fue alcahalero, acabó el pobre en cárcel, la cosa fiscal había bajado mucho, porque protestaron los intelectuales. Hombre, con decir que fui dueño durante muchos años de un transistor alemán y no lo tuve que declarar, está dicho casi todo. Pero, amigo, la felicidad dura poco en la casa del pobre. Los pobres y sólo estamos obligados por tradición a hacer la declaración de amor correspondiente antes de ser voluntarios, sino que también tenemos que hacer la declaración de la renta. Tú ves un rico, y en seguida te da cuenta de que ha nacido de pie. El tío puede folgar con hembra del table sin el formalismo de la declaración de amor y, lo que da más envidia, sin casarse. Tiene millones pero como los tiene tan invertidos como Oscar Wilde, y además no descuentan por el impuesto del trabajo personal, porque no está en nómina, y encima organiza sociedades anónimas para guardar el anonimato.

LA COLA DEL IMPUESTO

da con todas sus tierras y todas sus panteras, y se rumorea que matará una vaquilla aquí mismo, en la cola, para distraer la espera y entretener a las condesas.

Hay aristócratas madrugadoras que han pasado la noche en la cola, arrebujadas en sus carísimos chales, esperando las nueve de la mañana, que es la hora de apertura de la ventanilla, para ser las primeras en declarar e imponer lo imponible. Algunos grandes de España de segundo orden han revendido muy bien su privilegiado puesto en la cola, cediéndoselo por unas pesetas a otros grandes menos

madrugadores. Los terratenientes más mañaneros se cruzaban en la cola con los últimos aristócratas trasnochadores, que venían de sus casinos y sus saraos de jugarse las pestañas y beber champán rosa en el escote de las pin-up-girl. Las profundas huellas de una noche de honesto esparcimiento no ocultaban en sus semblantes la alegría de concurrir una vez más a esta castiza cola, y unos a otros se intercambiaban entre sí buenas nuevas:

—Pues me ha asegurado Barrera que para el año que viene disfrutaremos ya del impuesto progresivo.

Lujo, belleza, señorío, patriotismo, desprendimiento, todas las virtudes que caracterizan a nuestras clases altas, se han dado cita en la popular y madrileñísima cola. Aquello parece el Rastrillo.

LORD



LOS POBRES, A DECLARAR

to, pues no hace la declaración de la renta. Eso sí, hace la declaración de los derechos del hombre, pero eso, ¿de qué nos vale a los pobres? Menos derechos del hombre y más apoquinar a la Hacienda, como digo yo. Desde que al pobre Cervantes lo encerraron por faltar al numerario de Felipe II, está pendiente la reforma fiscal. La cosa estuvo parada unos años, concretamente hasta el

señor Monreal Luque, pero, chico, en cuanto puso mano a la reforma lo devoró la selva. Así que ahora estamos como siempre, y los pobres tenemos que declarar hasta los metros de intestinos que llevamos ocultos ilegalmente. ¡Claro que para lo que nos sirven! De vez en cuando parece que todo se va a arreglar, porque cuando mandan votar que «sí» nos dan bocadillos de mortadela, y a un primo mío, que es de Turégano, le tocó de chorizo. Hay que ver lo contento que se puso. Pero con la declaración de la renta, de la que no se escapa ni el Niño Jesús, sólo porque es pobre, lo han partido por el eje. «Es mi casa solariega — más solariega que todas — pues por no tener tejado — entra el sol a todas horas». El sol, los guardias municipales con las multas, y los inspectores de Hacienda. El cachondeo de la nación somos los pobres. Más de derechos no hemos podido ser. No sé por qué se ponen así con nosotros.—LICANTROPO.